



*Las murallas de Segovia.
Proceso histórico constructivo.*

Miguel Ángel MARTÍN BLANCO

Ed. Cervantes

Segovia, 2021

ISBN: 978-84-88109-14-9

La construcción de las murallas es el primer acto de fundación de una ciudad.

La ya clásica afirmación de Jacques le Goff y Cesare de Seta avalaría por sí sola la importancia y oportunidad del estudio que Miguel Ángel Martín Blanco nos presenta en este libro. La ciudad de Segovia cuenta ya, por fin, con la ansiada monografía sobre su muralla.

No hay ciudad sin muralla. Cercando el *themenos* de los originarios centros de poder de las culturas antiguas o delimitando los *castrum* romanos con una empalizada como primera medida de asentamiento en el territorio, la muralla ha crecido al hilo de la configuración y el crecimiento de las ciudades, a las que ha dado protección, vigilancia, defensa, control arancelario y de ciudadanos, viandantes, transeúntes.... Ha sido, siempre, un protagonista principal del hecho urbano, el espacio delimitador del ámbito transformado por el ser humano y la inmediata naturaleza que rodea las ciudades al otro lado de sus muros. Organizadas por el *cardo* y el *decumano*, con sus puertas y sus trazados regulares, han significado muchas veces el orden interior frente al caos exterior de una naturaleza salvaje y desatada. Fueron

también refugio de Caín tras el amargo episodio con su hermano Abel que le llevó a “enterrarse” tras los muros de la ciudad en la que quiso refugiarse, contrastando así los peligros de la urbe frente al paraíso natural. El pensamiento cristiano condicionó durante mucho tiempo esta imagen negativa, sólo compensada por los muros dorados de la Jerusalén celeste que tantas veces se ha representado en frescos, mosaicos y miniaturas. Porque las murallas no sólo son una realidad construida sino también una imagen, presente desde los orígenes de las ciudades. Los asedios y ataques a las murallas de los relieves asirios se suman en nuestro imaginario a las fortificaciones que narran la campaña contra los dacios de la columna Trajana en Roma, la ciudad de Rávena en los mosaicos de San Apolinar, o el debate entre el buen y el mal gobierno que ilustran los frescos del Palazzo Publico de Siena recurriendo a unas murallas fuertes y sólidas en el primer caso y a la ruina de las mismas y la huida de la población atravesando sus puertas en el segundo. La lista de imágenes se haría interminable, pero el resultado es siempre el mismo. La muralla nos acompaña y nos da sentido como ciudadanos de una urbe que nos ha visto nacer y vivir al interior de ella.

Cuando llega el siglo XIX y la Revolución Industrial nos abre a un nuevo modelo de ciudad, la crisis irreversible de las murallas no acaba tampoco con ellas. Entran, eso sí, como apunta de Seta, en otra fase de su historia que tiene que ver con la nueva utilización de los recintos amurallados, de los fosos, los baluartes y las fortificaciones. La ciudad y la muralla dejan de ser un todo indivisible para empezar una agonía que cambia sus muros por nuevos viales, conserva sus puertas como hitos urbanos, o las derriba si las nuevas ideas de progreso y modernidad así lo exigen. La fortuna, el azar o, por regla general, la falta de recursos, favoreció que frente a aquella destrucción generalizada se pudieran conservar restos o ejemplos completos de algunas de ellas. La nueva conciencia en torno al patrimonio, haría el resto.

Cuando Kevin Lynch quiso dar forma visual a las ciudades, las murallas se movían entre los bordes que delimitan áreas, líneas de continuidad y ruptura, y los hitos que señalan monumentos y referencias físicas claramente diferenciadas en el espacio. Es evidente, en suma, que nunca, desde ninguna de las perspectivas de análisis, la muralla ha perdido su importancia y significación.

En los estudios urbanos nunca daremos suficiente importancia al trabajo monográfico, al conocimiento de los hechos urbanos particulares. Omitiendo éstos – aun en los aspectos de la realidad más individuales, particulares e irregulares, pero por ello también más interesantes– terminaremos por construir teorías tan artificiales como inútiles.

La afirmación de Aldo Rossi en 1966 (*La arquitectura de la ciudad*) no ha perdido vigencia. Al contrario. Reafirma la importancia de estudios y trabajos como el que tenemos ahora entre manos.

Estamos ante el estudio más completo y riguroso que se ha hecho hasta ahora de una de las piezas más importantes de la arquitectura y el patrimonio de la ciudad de Segovia a la vez que una de las más ignoradas. Desde la necesaria transversalidad de quien lo ha estudiado y trabajado “a pie de obra”, compaginando teoría y práctica en un alarde de capacidad y conocimiento más que elogiabile. El rigor y el conocimiento profundo de lo que tiene entre manos le permite arriesgar, pero el riesgo no es aleatorio, es fruto de la reflexión y el buen hacer, que abre nuevas perspectivas y nos aclara meridianamente una historia, un proceso, que siempre nos habían dado hecho y fragmentado. Rigor y verdad, sin escatimar nada, trabajando desde el dato objetivo a la hipótesis bien razonada, que sin duda requerirá revisiones, pero siempre sobre bases científicas que no interpretan aleatoriamente nada sino que deducen afirmaciones e ideas desde la lógica del conocimiento.

Nada queda al azar, y en este sentido podríamos coger las palabras que el Marqués de Lozoya dedicó a la “casa segoviana” para hacerlas extensivas a la muralla: “Con la minuciosidad paciente y despaciosa de un pintor cuatrocentista o de un orfebre del Renacimiento, el tiempo ha ido formando las viejas ciudades de Castilla, borrando acá un detalle, poniendo allá otro, dejando en ellas la huella de todos los estilos”. Y eso es lo que hace Miguel Ángel Martín Blanco con la muralla de Segovia. Con la minuciosidad del investigador que agota la documentación, revisa fotografías, levanta planos y los coteja con planimetrías históricas, trabaja en la obra tocando con sus manos el material, viendo los detalles, los cambios, las alteraciones, conoce la arquitectura y sus procesos pero no olvida nunca complementarlos con la arqueología, con la historia, con el urbanismo, con el arte..., y con esa minuciosidad del artista a la que alude Lozoya, saca a la luz su historia completa, lo existente y lo recuperado, lo perdido y

lo oculto, puertas, postigos, torres, lienzos, aparejos, procesos constructivos, recrecidos, reconstrucciones.....

Miguel Ángel Martín despierta del letargo un monumento olvidado que vemos y recorreremos cada día. Integrado perfectamente en su topografía, sin apenas condicionar los ansiados crecimientos e ideas de modernidad decimonónicas que podían haber acabado con sus torres y sus lienzos, sin recursos económicos que ayudaran a tales empresas, sólo las puertas de San Martín y de San Juan se vieron afectadas por la piqueta demoledora. El resultado es un completo estudio que nos permite Leer, Entender e Interpretar la muralla de Segovia, siguiendo los grandes capítulos en los que se ha estructurado la obra.

Leer la muralla. Ubicarla en un espacio, parcelarla, zonificarla, entender su realidad en sus proximidades vinculada a barrios, edificios, puertas. Analizar su pasado perdido, sus puertas, postigos, casas y torres, recuperados ahora por la memoria documental y arqueológica.

Entender la muralla, los materiales y las técnicas con que se llevó a cabo en un proceso que acumula siglos, sus elementos constitutivos, las torres, los lienzos, zócalos, almenas, puertas y postigos. Su proceso constructivo, el palimpsesto sobre el que se fue escribiendo su historia. Lo reaprovechado, derruido, oculto y transformado.

Interpretar la muralla. Sobre la base de todo lo anterior, trazar su historia, sus hitos, sus fases, buscando siempre el argumento que lo justifique y nos permita entender todo el proceso.

Nadie mejor que Miguel Ángel Martín ha sabido explicar la muralla segoviana en todas sus dimensiones, desde la desconocida muralla hispanomusulmana hasta la muralla ignorada por Odriozola, el arquitecto municipal en la transición de los siglos XIX y XX que sólo veía impedimentos al progreso de la ciudad en estos monumentos históricos. Me remito directamente al autor, cuando afirma que la muralla no es una construcción unitaria, estrechamente ligada con el momento de la repoblación cristiana de la ciudad, sino un palimpsesto constructivo, que se materializa gracias a un proceso en el que se superponen intervenciones a lo largo de varios siglos.

La historia de la muralla corre pareja a la historia de la ciudad, por eso, no se pueden obviar las defensas urbanas de la Segovia celtíbera y romana, pasando

por la muralla hispanomusulmana de la que los restos y preexistencias son más de los que pudiéramos pensar, la muralla “oficial” que siempre nos han contado vinculada a la repoblación cristiana de tiempos de Alfonso VI, la muralla de una larga etapa final de la Edad Media que extendemos, como el resto de la ciudad, al momento en el que la misma adquiere su forma definitiva y que Anton van Wyngaerde supo plasmar a la perfección en sus vistas de Segovia de 1562, y la muralla moderna y contemporánea que con altibajos, derribos, reconstrucciones y restauraciones llega a nuestros días.

Todo esto y mucho más encierran estas páginas que por fin han convertido a la muralla de Segovia en un protagonista privilegiado de la historia y la arquitectura de la ciudad.

Miguel Ángel CHAVES MARTÍN
Universidad Complutense de Madrid